

MEDITACIÓN SOBRE LA VIRTUD DE LA PRUDENCIA

En nuestros *Temas para el diálogo* queremos hoy afrontar la virtud de la prudencia. Traemos a nuestras páginas, como de costumbre, una selección de textos de autores variados, que tocan el tema desde posiciones y tiempos diferentes.

Es bueno ir por partes y releer varias veces los comentarios.

Mejor aún es que, una vez leídos y meditados personalmente, los pongamos en tertulia a la hora del café en la familia o con los amigos. Escuchándonos mutuamente podemos profundizar en las ideas y sacar conclusiones válidas para la vida.

Lo cierto es que la prudencia es una virtud fundamental. Muchos errores, e incluso pecados, no nacen de la mala voluntad sino de la imprudencia; es, por tanto, conveniente, por la cuenta que nos tiene, comportarnos prudentemente.

Dios es la suma prudencia. A la vez que pensamos y dialogamos entre nosotros, debemos pedirle a Él que nos mande el Espíritu para que nos conceda sus dones entre los que se encuentra, junto a la sabiduría, el entendimiento, la ciencia y el consejo, la virtud de la prudencia.

I – LA DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LA PRUDENCIA

1 – Según el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. “El hombre cauto medita sus pasos” (Prov 14,15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1 P 4,7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe S. Tomás (s.th. 2-2, 47,2, siguiendo a Aristóteles). No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada “auriga virtutum”: Conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar” (nº 1806).

“El hombre se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y sus dones” (nº 1788).

“La verdad sobre el bien moral, declarada en la ley de la razón, es reconocida práctica y concretamente por el dictamen prudente de la conciencia. Se llama prudente al hombre que elige conforme a este dictamen o juicio” (nº 1780).

2 – Según el Compendio de la doctrina social de la Iglesia

“El fiel laico debe actuar según las exigencias dictadas por la prudencia: es ésta la virtud que dispone para discernir en cada circunstancia el verdadero bien y elegir los medios adecuados para llevarlo a cabo. Gracias a ella se aplican correctamente los principios morales a los casos particulares. La prudencia se articula en tres momentos: clarifica la situación y la valora; inspira la decisión y da impulso a la acción. El primer momento se caracteriza por la reflexión y la consulta para estudiar la cuestión, pidiendo el consejo necesario; el segundo momento es el momento valorativo del análisis y del juicio de la realidad a la luz del proyecto de Dios; el tercer momento, el de la

decisión, se basa en las fases precedentes, que hacen posible el discernimiento entre las acciones que se deben llevar a cabo” (nº 547).

“La prudencia capacita para tomar decisiones coherentes, con realismo y sentido de responsabilidad respecto a las consecuencias de las propias acciones. La visión, muy difundida, que identifica la prudencia con la astucia, el calculo utilitarista, la desconfianza, o incluso con la timidez y la indecisión, está muy lejos de la recta concepción de esta virtud, propia de la razón práctica, que ayuda a decidir con sensatez y valentía las acciones a realizar, convirtiéndose en medida de las demás virtudes. La prudencia ratifica el bien como deber y muestra el modo en el que la persona se determina a cumplirlo.¹¹⁴⁶ Es, en definitiva, una virtud que exige el ejercicio maduro del pensamiento y de la responsabilidad, con un conocimiento objetivo de la situación y una recta voluntad que guía la decisión” (nº 548).

Este número del Compendio lleva consigo una nota a pie de página que me parece muy interesante. Es la siguiente:

“El ejercicio de la prudencia comporta un itinerario formativo para adquirir las cualidades necesarias: la « memoria » como capacidad de retener las propias experiencias pasadas de modo objetivo, sin falsificaciones; la « docilitas » (docilidad), que es la capacidad de dejarse instruir y sacar provecho de la experiencia ajena, sobre la base del auténtico amor por la verdad; la « solertia » (solercia), es decir, la habilidad para afrontar los imprevistos actuando de forma objetiva, para orientar cualquier situación al servicio del bien, venciendo las tentaciones de la intemperancia, la injusticia, la vileza.

Estas condiciones de tipo cognoscitivo permiten desarrollar los presupuestos necesarios para el momento de la toma de decisiones: la « providentia » (previsión), que es la capacidad de valorar la eficacia de un comportamiento en orden al logro del fin moral, y la « circumspectio » (circunspección) o capacidad de valorar las circunstancias que concurren a constituir la situación en la que se ejerce la acción.

La prudencia se especifica, en el ámbito de la vida social, en dos formas particulares: la prudencia « regnativa », es decir, la capacidad de ordenar las cosas hacia el máximo bien de la sociedad, y la prudencia « politica » que lleva al ciudadano a obedecer, secundando las indicaciones de la autoridad, sin comprometer la propia dignidad de persona” (nota 1147).

II – LA PRUDENCIA EN LA SAGRADA ESCRITURA

1 – En el Antiguo Testamento

1-1 – En el libro de los Proverbios:

“Pues la prudencia vale más que las perlas, y cuanto hay de codiciable no puede compararsele” (8, 11).

“El hombre prudente oculta su ciencia, el insensato proclama su necedad” (12, 23).

“Fuente de vida es la prudencia para quien la tiene, y es castigo del necio la necedad” (16, 22).

“El corazón del sabio hace prudente su boca, y sobre sus labios crece la persuasión” (16, 23).

“Con la sabiduría se edifica la casa y con la prudencia se afirma” (24, 3).

1-2 – En el libro del Eclesiástico, cap. 8, 10-19:

“No enciendas los carbones del pecador, no sea que te abrases en el fuego de su llama.

No te encares con el insolente, para que no sea como trampa tendida a tu boca.

No prestes al que puede más que tú; si prestas, dalo por perdido.

No salgas fiador por encima de tus medios; si lo haces, date por deudor.

No entres en pleito con un juez, que por su dignidad fallarán en su favor.

Con el osado no te pongas en camino, para que no te agote, pues él procederá a su antojo, y por su locura te perderás con él.

Con el colérico no entres en pelea, ni te adentres con él en el desierto, porque a sus ojos nada es la sangre, y donde no haya quien te auxilie se echará sobre ti.

No le pidas consejo al insensato, pues no podrá mantenerlo en silencio.

Delante de un extraño no hagas cosa secreta, pues no sabes qué inventará después.

No abras tu corazón a todo el mundo, pues no te han de compensar con gracia alguna”.

2 – En el Nuevo Testamento

2-1 – En el Evangelio de San Mateo:

“Os envío como ovejas en medio de los lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10, 16).

Parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias (Mt 25, 1-13).

2-2 – En el Evangelio de San Lucas:

“El hombre prudente: el que edifica su casa sobre la roca” (Lc 6, 48)

“Los hijos de este siglo son en sus negocios más prudentes que los hijos de la luz” (Lc 16, 8).

2-3 – En el Evangelio de San Juan:

“No queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto” (Jn 7, 24).

2-4 – En las Cartas de San Pablo:

“Por las riquezas de su gracia, que con abundancia ha derramado sobre nosotros, nos ha colmado de toda sabiduría y prudencia” (Ef 1, 7-8).

“Si nos juzgáramos rectamente, no seríamos juzgados” (1 Co 11, 31).

“Mirad, hermanos, que andéis con gran circunspección: no como necios, sino como prudentes; recobrando el tiempo, porque los días son malos” (Ef 5, 15-16).

“La prudencia de la carne es muerte, mientras que la prudencia del espíritu es vida y paz” (Rom 8, 6).

“Así está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes” (1 Co 19).

“Portaos prudentemente con los defuera, aprovechando bien el tiempo presente” (Col 4, 5).

“Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña ala perfección tu ministerio” (2 Tim 4, 5).

2-5 – En las Cartas de San Pedro:

“El fin de todas las cosas se va acercando; por tanto, sed prudentes y velad en oración” (1 P 4, 7).

III – LA DESCRIPCIÓN DE LA PRUDENCIA

1 – Opiniones laicas

Aristóteles. *Tratado de las virtudes y los vicios, cap. IV:*

“Lo propio de la prudencia es deliberar, discernir el bien y el mal, distinguir siempre en la vida lo que debe buscarse y lo que debe evitarse, usar con discernimiento de todos los bienes que se poseen, escoger las relaciones amistosas, pesar bien las circunstancias, saber hablar y obrar a tiempo, y emplear convenientemente todas las cosas que son útiles. La memoria, la experiencia, la oportunidad, son cualidades que nacen todas de la prudencia, o que, por lo menos, son su resultado. Unas obran como causas al mismo tiempo que aquella, como la experiencia y la memoria; y otras son, en cierta manera, partes de ella, como el buen consejo y la precisión de espíritu”.

E. Mersch:

“La fuente de la prudencia es el amor ardiente por el bien que peligra”.

Refrán chino:

“No hay que esperar a tener sed para sacar el agua del pozo”

2 – Las preguntas de Juan Pablo II

En su catequesis *Sobre la prudencia*, pronunciada el 25-X-1978:

“¿Soy prudente? ¿Vivo consecuente y responsablemente? El programa que realizo, ¿sirve para el bien verdadero? ¿Sirve para la salvación que quiere para nosotros Cristo y la Iglesia? Si hoy me escucha un estudiante o una estudiante, un hijo o una hija, contemple, bajo esta luz, sus propias tareas de la escuela, las lecturas, los intereses, los pasatiempos, el ambiente de los amigos y amigas. Si me escucha un padre o una madre de familia, piense un poco en sus compromisos conyugales y de padre. Si me escucha un ministro o un hombre de Estado, mire el abanico de sus deberes y de sus responsabilidades. ¿Busca él el verdadero bien de la sociedad, de la nación, de la humanidad? ¿O sólo intereses particulares o parciales? Si me escucha un periodista, un publicista, un hombre que ejerce influencia sobre la opinión pública, reflexione sobre el valor y sobre el fin de esta influencia”.

3 – Las respuestas de Juan XXIII y del mismo Juan Pablo II

San Juan XXIII en el *Diario del alma*, firmado el 13 de agosto de 1961:

“Prudente es quien sabe callar una parte de la verdad cuya manifestación sería inoportuna; y que callada no daña a la verdad que dice falsificándola; el que sabe lograr los buenos fines que se propone, escogiendo los medios más eficaces de querer y obrar; el que en todos los casos sabe prever y medir las dificultades opuestas y contrarias, y sabe escoger el camino del medio con dificultades y peligros menores; el que habiéndose propuesto un fin bueno e incluso noble y grande no lo pierde nunca de vista, logra superar todas las dificultades y llega a buen término; el que en todo asunto distingue la sustancia y no se deja importunar por los accidentes; el que une y dirige sus fuerzas para alcanzar la meta; el que como base de todo esto espera el éxito únicamente de Dios, en quien confía; y aunque no lo logre todo o no logre nada, sabe que ha obrado bien, y en todo ve la voluntad y la mayor gloria de Dios.

La sencillez no tiene nada que contradiga a la prudencia, ni viceversa.

La sencillez es amor; la prudencia, pensamiento.

El amor ora, la inteligencia vigila. ‘Vigilate et orate’. Conciliación perfecta.

El amor es como la paloma que gime; la inteligencia activa es como la serpiente que nunca cae a tierra, ni tropieza, porque va palpando con su cabeza todos los estorbos de su camino”.

San Juan Pablo II, en su catequesis del 25-X-1978:

“No es prudente, como se pretende con frecuencia, el que sabe situarse en la vida y sacar de ella el mayor provecho, sino el que sabe construir su vida según la voz de la recta conciencia y según las exigencias de la justa moral”.

IV – OBJETO Y FIN DE LA PRUDENCIA

1 – La primacía de la prudencia

J. Pieper en su obra *Las virtudes fundamentales*, p. 39:

“Entre los pecados, ni uno solo hay que no conspire contra esta virtud. La injusticia, la cobardía y la intemperancia se oponen primero, en efecto, a las virtudes de justicia, fortaleza y templanza; pero, en definitiva, a través de ellas se oponen a la prudencia. Todo pecador es imprudente. La prudencia es, por tanto, causa, raíz, «madre», medida, ejemplo, guía y razón formal de las virtudes morales; en todas esas virtudes influye, sin excepción, suministrando a cada una el complemento que le permite el logro de su propia esencia; y todas participan de ella, alcanzando, merced a tal participación, el rango de virtud”.

2 – La prudencia y la voluntad de Dios

San Juan Pablo II en su catequesis *Sobre la prudencia*, 25-X-78:

“La prudencia constituye la llave para la realización de la fundamental tarea que cada uno de nosotros ha recibido de Dios”.

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su obra *Amigos de Dios*, pag. 88:

“Esta virtud cordial es indispensable en el cristiano; pero las últimas metas de la prudencia no son la concordia social o la tranquilidad de no provocar fricciones. El motivo fundamental es el cumplimiento de la Voluntad de Dios, que nos quiere sencillos, pero no pueriles; amigos de la verdad, pero nunca aturdidos o ligeros. El corazón prudente poseerá la ciencia (Prov 18, 15); y esa ciencia es la del amor de Dios, el saber definitivo, el que puede salvarnos...”

3 – La prudencia y la recta razón

Santo Tomás en su *Suma Teológica*, 2-2, q. 49:

“Las acciones particulares, cuya dirección compete a la prudencia, distan mucho de ser inmediatamente inteligibles. Y tanto más cuanto más inciertas e indeterminadas son [...]; la prudencia necesita del buen razonamiento del hombre para poder aplicar rectamente los principios universales a los casos particulares, que son variados e inciertos”

4 – La prudencia y la humildad

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su obra *Amigos de Dios*, 86:

“El primer paso de la prudencia es el reconocimiento de la propia limitación: la virtud de la humildad. Admitir, en determinadas cuestiones, que no llegamos a todo, que no podemos abarcar, en tantos casos, circunstancias que es preciso no perder de vista a la hora de enjuiciar. Por eso acudimos a un consejero; pero no a uno cualquiera, sino a uno capacitado y animado por nuestros mismos deseos sinceros de amar a Dios, de seguirle fielmente. No basta solicitar un parecer; hemos de dirigirnos a quien pueda darnoslo desinteresado y recto. Después es necesario juzgar, porque la prudencia exige ordinariamente una determinación pronta, oportuna. Si a veces es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos de juicio, en otras ocasiones sería gran imprudencia no comenzar a poner por obra, cuanto antes, lo que vemos que se debe hacer; especialmente cuando está en juego el bien de los demás”

5 – La prudencia y la perfección

J. Pieper en su obra *Las virtudes fundamentales*, p. 57:

“La prudencia es, en palabras de Paul Claudel (Cinq Grandes Odes), la «inteligente proa» de nuestra esencia, que en medio de la multiplicidad de lo finito, pone rumbo a la perfección”

6 – La prudencia y la fe

San Juan Crisóstomo, en su *Homilía sobre S. Mateo*, 33:

“Veamos cuál es la prudencia que exige el Señor. Como serpientes—dice—. Así como a la serpiente no le importa perderlo todo, aunque sea seccionando su cuerpo, con tal de conservar la cabeza, así también tú—dice—debes estar dispuesto a perderlo todo, tu dinero, tu cuerpo y aun la misma vida, con tal que

conserves la fe. La fe es la cabeza y la raíz; si la conservas, aunque pierdas todo lo demás, lo recuperarás luego con creces”.

V – FRUTOS DE LA PRUDENCIA

1 – Manantial de otras virtudes

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su obra *Amigos de Dios*, 87:

“Por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez; no excusa, por ocultas razones de comodidad, el esfuerzo necesario para vivir plenamente según los designios de Dios. La templanza del prudente no es insensibilidad ni misantropía; su justicia no es dureza; su paciencia no es servilismo”.

2 – Dirige el rumbo de nuestra vida

San Gregorio de Nisa en su obra *Sobre los que han de ser amados*, discurso 1:

“De nada vale que el carro sea sólido y la cuadriga bien adiestrada si el cochero o auriga va loco. ¿De qué vale una nave muy bien construida si el piloto va borracho?”.

3 – Pone el remedio oportuno a nuestros problemas

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su obra *Amigos de Dios*, 157:

“Una manifestación clara de prudencia consistirá en poner el remedio oportuno, a fondo, con caridad y con fortaleza, con sinceridad. No caben las inhibiciones. Es equivocado pensar que con omisiones o con retrasos se resuelven los problemas. La prudencia exige que, siempre que la situación lo requiera, se emplee la medicina, totalmente y sin paliativos”.

4 – Revisa nuestras acciones y las corrige

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su obra *Amigos de Dios*, 88:

“No es prudente el que no se equivoca nunca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero se asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar”.

VI – EL HOMBRE PRUDENTE SABE PEDIR CONSEJO

Santo Tomás en su *Suma Teológica*:

“El tratar de lo particular y contingente exige, para conocer algo con certeza, tener en cuenta muchas condiciones y circunstancias, difícilmente observables por uno solo, que pueden en cambio ser percibidas con más seguridad por varios” (2-2, q. 47).

“En lo que atañe a la prudencia, nadie hay que se baste siempre a si mismo, es necesario contar con la ayuda de otras personas antes de tomar nuestras decisiones personales” (2-2, q. 49, a. 3).

Santo Tomás en el tratado *Sobre el Padrenuestro*, 1.c., 153:

“El hombre necesita aconsejarse cuando está atribulado, como precisa el enfermo la orientación de los médicos. Por consiguiente, estando enfermos todos por el pecado, hemos de pedir consejo para curarnos”.

VII – EL HOMBRE PRUDENTE ESTÁ EN CONTINUA VIGILANCIA

San Agustín, *Sobre el Sermón de la Montaña*, 24:

“La prudencia está en guardia y en vigilancia diligente, no sea que, insinuándose poco a poco una mala inclinación, nos engañemos y caigamos”.

Santa Teresa en el *Camino de perfección*, 39, 6:

“Así que aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras que dejéis de temer—que podéis tornar a caer—y guardaos de las ocasiones”.

Santo Tomás en la *Suma Teológica*, 2-2, q. 49, a. 8:

“Así como es propio de la previsión descubrir lo que es de suyo conveniente para el fin, la circunspección considera si ello es conveniente a ese fin, dadas las actuales circunstancias”.

VIII – EL HOMBRE PRUDENTE SABE ALIMENTAR SU ESPÍRITU

¿Puede uno comer de todo a cualquier hora? La dieta del cuerpo es necesaria.

¿Puede uno leer cualquier libro o seguir a cualquier maestro? También el espíritu necesita de la dieta. Debemos de ser prudentes en las lecturas y al exponer o recibir doctrina.

1 – Sabe discernir entre los buenos y malos maestros

San Juan Crisóstomo en *Catena Aurea*, vol I, pp. 440-441:

“Es buena garantía de salvación saber de quién se ha de huir. (Se refiere a los falsos doctores, que enseñan su propia doctrina y no la de Cristo... Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con piel de oveja... Ninguna cosa hace tanto daño al bien como la ficción: las ovejas son los cristianos y la piel de oveja es una especie de cristiandad y de religión fingida”.

2 – Sabe elegir los buenos maestros

San Basilio en su *Discurso a los jóvenes*:

“Debéis, pues, vosotros seguir al detalle el ejemplo de las abejas. Porque éstas no se paran en cualquier flor ni se esfuerzan por llevarse todo de las flores en las que posan su vuelo, sino que una vez que han tomado lo conveniente para su intento, lo demás lo dejan en paz. También nosotros, si somos prudentes,

extrayendo de estos autores lo que nos convenga y más se parezca a la verdad, dejaremos lo restante. Y de la misma manera que al coger la flor del rosal esquivamos las espinas, así al pretender sacar el mayor fruto posible de tales escritos, tendremos cuidado con lo que pueda perjudicar los intereses del alma”.

Pío XII en su alocución del 2-10-1958:

“En la selección de las publicaciones destinadas a la venta os guíen, pues, las sanas máximas que os son muy conocidas, anticipando de este modo con un autoexamen, digno de personas respetuosas de la verdad y de la honestidad [...]. Y si, además, vosotros mismos atendéis directamente a la venta, tanto más vuestra honorabilidad, vuestro sentido cívico, pero, sobre todo, la caridad hacia el prójimo, particularmente hacia la juventud, os hará rehuir toda difusión clandestina de publicaciones nocivas y corruptoras de las buenas costumbres. El pretexto de que otros lo hagan sería demasiado débil excusa para disculpar a quien se hiciese cómplice de tan gran mal”.

San Basilio en su *Discurso a los jóvenes*:

“El escuchar las palabras de los perversos (se refiere a los libros de autores gentiles) es un camino para llegar a los hechos. Por eso, con todo cuidado debemos guardar nuestra alma, no sea que a través de un estilo o palabras agradables, sin sentirlo, admitamos algo peor, como los que toman veneno mezclado con miel”.

“No hemos de admitir y aceptar todo sin más ni más (de los libros o autores gentiles), sino lo que nos sea útil. Pues no podemos apartar lo dañoso tratándose de alimentos, y no tener cuenta alguna con las lecturas, que alimentan el alma, y lanzarse a cualquier cosa que se presente, como el torrente que arrastra consigo lo que encuentra”.

“No es fácil dar para todos una norma común, sino que cuando os relatan hazañas, proezas y dichos de los héroes, debéis esforzaros por aceptarlo con afecto y tratar de imitarles e intentar con todo ahínco ser como ellos; pero cuando se trate de hombres perversos, entonces es necesario huir de imitarles, dejar su ejemplo, tapándonos los oídos con no menos precaución de la que dicen que tuvo Ulises al huir del canto de las sirenas”.

3 – Sabe ignorar a los malos maestros

San Basilio en su *Discurso a los jóvenes*:

“No alabaremos a los poetas cuando insultan y escarnecen, ni cuando relatan escenas de amores lujuriosos y de embriagueces, ni cuando fijan la felicidad en una mesa bien surtida con canciones disolutas”.

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su libro Camino, n. 836:

“Servir de altavoz al enemigo es una idiotez soberana; y, si el enemigo es enemigo de Dios, es un gran pecado. Por eso, en el terreno profesional, nunca alabaré la ciencia de quien se sirve de ella como cátedra para atacar a la Iglesia”

IX – LA FALSA PRUDENCIA

San Juan Pablo II en su catequesis *Sobre la prudencia*, 25-X-1978:

“El hombre prudente, que se afana por todo lo que es verdaderamente bueno, se esfuerza por medir todo asunto, toda situación y su obrar todo, según el metro del bien moral. Pues no es prudente, como se pretende con frecuencia, el que sabe situarse en la vida y sacar de ella el mayor provecho, sino el que sabe construir su vida según la voz de la recta conciencia y según las exigencias de la justa moral”.

San Josemaría Escrivá de Balaguer en su libro *Camino*, n. 35:

“No me gusta tanto eufemismo: a la cobardía la llamáis prudencia.—Y vuestra «prudencia» es ocasión de que los enemigos de Dios, vacío de ideas el cerebro, se den tono de sabios y escalen puestos que nunca debieran escalar”.

Santo Tomás en la *Suma Teológica*, 2-2, q. 54:

“(A la prudencia se opone la negligencia, o falta de solicitud debida, que procede de cierta desidia de la voluntad), lo cual impide que el entendimiento sea impulsado y movido a imperar lo que debe o en la forma que debe”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 15 de agosto de 2014